
DE EL SALVADOR

VICENTE ACOSTA


DE EL SALVADOR

POESIAS SELECTAS




DE EL SALVADOR

Poesías Selectas

—DE—

VICENTE ACOSTA



Centro Editorial Salvadoreño—S.A.

SAN SALVADOR.—A. C.

1924.




DE EL SALVADOR

NOTA BREVE

Este libro, que encierra lo mejor de la obra del exquisito poeta Vicente Acosta, se ha publicado por espontánea iniciativa particular.

Con aquel poeta que cantó a nuestra naturaleza con tan hondo sentimiento, me unió la más franca amistad. Convivíamos como dos hermanos. Y como un testimonio del más entrañable recuerdo, me he esforzado por realizar la publicación de este libro, para que venga a perpetuar el nombre de uno de nuestros más dulces aedas. Que sus páginas sean como un símbolo consagrado a su memoria, porque bien se lo merece quien supo enaltecer el nombre de la patria.

Por medio de estas líneas rindo mis expresivos agradecimientos a todas aquellos personas que han contribuido para la publicación de esta obra que viene a enriquecer la bibliografía de El Salvador.

Jorge Cáceres B.

S. S., julio de 1923.




DE EL SALVADOR

JUICIOS CRITICOS, Y CARTA LITERARIA DE RUBEN DARIO




DE EL SALVADOR

VICENTE ACOSTA

(De la segunda edición de la Galería Poética Centroamericana, del Dr. Ramón Uriarte, Guatemala, 1888.)

Vestid al genio con el traje de la humildad; dad al talento los modestos atavíos del trabajo; ceñid sobre la frente del proletario la diadema de la virtud, y obtendréis la fotografía moral de Vicente Acosta, el primer poeta de El Salvador, y uno de los que más pueden honrar en la actualidad a la literatura americana. Carece de pretensiones, y estamos ciertos de que cuando estas líneas lea, va a reprocharlas a nuestra nunca desmentida amistad. Pero ¿qué hacer? Nosotros no podemos excusarnos de cumplir con el precepto cardinal de la justicia que manda dar a cada uno lo que es suyo.

Al remitirnos nuestro amigo José Joaquín Palma, el inspirado cisne del Bayamo, algunas de las poesías de Acosta, que por encargo del autor le pedimos para la presente colección, nos escribe estas palabras. «Le envío los lindos y perfumados versos de Acosta; leálos y goce. Tienen bouquet becqueriano y miel de nuestras cañas. Sentimiento, espontaneidad y alteza; todo eso encontrará en ellos. Acosta es un verdadero poeta, y tengo la seguridad de que entre pocos años será timbre y delicia de la musa centroamericana.»

¿Qué podríamos agregar a este expresivo juicio del autor de las «Tinieblas del alma» sobre el sentido cantor de Apopa? Nada, en verdad, que no fuera pálido y frío.

Acosta trabaja como corrector de pruebas en la Imprenta Nacional de El Salvador, y es un naciente literato que apenas cuenta 25 años de edad! El porvenir le espera; mas antes de que en él penetre, permítasenos, a fuer de amigos leales y sinceros, darle con la autorizada voz del Dante, este consejo:

Guarda com'entri, e di cui tu ti fide:
Non t'irganni l' ampiezza dell' entrare.



Fragmentos del Prólogo de la "Lira Joven" por Francisco A. Gavidia.

Voy entrando a la edad en que se empiezan a comprender ciertos detalles que hacen sentir hondamente cómo pasa la vida: esta edad de los veinticinco años en que ya tenemos madurez para apercibirnos de que asoman, llegan, avanzan tras nosotros nuevas generaciones. Que el crecimiento de otros sigue al nuestro, lo sabemos desde niños: ver el espectáculo y meditar en él, es lo que sin duda tiene importancia y produce misteriosa sensación. De un escritor fracés, Emilio Augier, se cuenta que es una naturaleza filosóficamente perezosa, y que había oído hablar y él mismo, como poeta, había hablado del sol naciente, de los montes al amanecer, del color de rosa del crepúsculo matutino, del lucero del alba, sin conocerlos. Debe de ser todo eso muy hermoso, se dijo, y como a los cincuenta años de su vida hizo el esfuerzo supremo de levantarse a las cinco de la mañana. Se convenció de que la gente, decía la verdad, pero de que no la decía toda, y que la aurora tenía el NO SE QUÉ inexplicable, ni al alcance del análisis, que tienen las obras de Dios y los buenos versos.

Acosta ha aparecido al inaugurarse esta revolución invisible pero fácil de ser comprobada al sólo hojear cronológicamente cualquier centón de poesías nacionales, la GUIRNALDA SALVADOREÑA o cualquier colección de periódicos literarios como LA JUVENTUD o EL REPERTORIO o LA JUVENTUD SALVADOREÑA.



Desde que ví los primeros versos de Acosta le concedí el título fácil de adquirir con que por aquí sellamos al primero que se lanza a emborronar cuartillas. Me pareció «inteligente» lo que entre nosotros quiere decir «no es tonto». Dichos primeros versos eran un soneto. Estaba en voga en aquellos días Joaquín Méndez: su oda a MORAZÁN, su periódico «La Juventud», el soneto que le dirigió don Juan Cañas, llamándole «pichon de águila», formaban una nubecita de gloria sobre la cabeza del noble muchacho: el soneto de Acosta era escrito en su loa: no recuerdo lo que decía, pero sí que tenía un verso cojo. Todos los socios de la Juventud se rieron del soneto, salvo Joaquín, y yo, que entonces admiraba a cualquiera que supiese medir los versos, por parecerme ésto, entonces, uno como dón natural admirable. Entonces el mayor elogio que yo hacía de un INTELIGENTE, era:

Sabe medir los versos.

Y es que en realidad se necesita OÍDO, o sea cierta facultad perceptiva, para escribir y apreciar la armonía del verso, como en música.

Desde que me persuadí de que, fuera de uno, los trece versos restantes del soneto A JOAQUÍN MÉNDEZ estaban bien medidos, ya no perdí de vista, o mejor dicho ya no perdí de oídas a Vicente Acosta. Digo así porque en aquellos días, él era interno del Colegio Normal de Institutores, y fué preciso esperar dos años para que alguien me dijera: Aquél es Vicente Acosta.

De cuando en cuando salían trocitos de versos, a lo Becquer, estrofitas divididas por números romanos o asteriscos, firmados por él. Cobraba fama de inteligente; luego se vió que él no se quería conformar con tan poco y los periodistas se vieron obligados a escribir en sus gacetillas:

Nuestro amigo el joven poeta...........

Dios sabe el placer que le daría esa última palabra que perturba más la imaginación que si se tratase de un título de propiedad sobre la Gran Bretaña.

Vale la pena de referir esas pequeñas satisfacciones.



Aquel de los distintivos que más separa los versos de Acosta de los de las escuelas que le han precedido, es que no se apasiona de la música sino cuando corresponde a una idea nueva y verdadera. El hace trabajar de consuno la armonía y la reflexión: tiene a la sinfonía meditabunda. Su pensamiento vuela muy raras veces por fantaseo y capricho como las golondrinas; sube más bien como el alcón, con giros en que se entrevé un designio; y al romper se de la cláusula se advierte que trae consigo la presa: una idea.

Poeta dulce, de grandes dotes descriptivas, parecerías que por estos síntomas de su vocación podría ser indiferente, como son de ordinario los de ese género, a los sufrimientos de la patria y a las caídas de la libertad. La escuela pensadora obedece a idea de verdad y a una pasión redentora. En los versos de Acosta no falta la nota militante y la indignada.




DE EL SALVADOR

CARTA LITERARIA

Señor don Vicente Acosta,

Pte.

Mi querido poeta:

Sé que tu libro de versos aguarda estas letras mías para pasar a la casa de los libreros, y de allí a las manos de nuestro escaso público lector.

Si comprendiera que tu obra iba a quedarse en Centro América, donde la aparición de un libro, y sobre todo si es de poesías, es mirada con indiferencia, a causa de la general incultura literaria, no me concretaría sino a llenar unas cuantas páginas de elogios altos y entusiastas como los que tú mereces y a desearte buena venta, es decir, casi un imposible. Pero como tengo la seguridad de que La Lira Joven resonará más tarde en toda la América que habla español, voy a referirme ante todo, a un asunto que hace tiempo me interesa, y es una preocupación que existe en los países hispanoamericanos, respecto a los hombres de letras en general, y a los que escriben versos en particular.

Se tienen ideas falsas sobre los poetas. Los engrandecen o los empequeñecen. Los juzgan o videntes, o enfermos, o divertidos o inútiles. Y ante todo, es preciso que estemos alerta siempre contra el odio burgués. No



creo que pueda hacerse la reconciliación apetecida por Jules Valles. Todo hombre de arte es aborrecido, o despreciado, o visto con indiferencia, por los que se dedican a los negocios. Se nos considera a los hombres de pluma como consumidores que nada producimos. En lo tocante al trabajo, somos seres que no hacemos nada. ¡Ay, y no se calculan nuestras tisis, nuestras consunciones, nuestros reblandecimientos cerebrales. No oyen cómo martillea sobre nuestro cráneo el implacable forjador.

En todas partes existe el mismo fenómeno, pero en los grandes centros se aminora por las condiciones sociales. Donde el libro se paga, se levanta la aristocracia del talento. Francia, los Estados Unidos e Inglaterra son ejemplos. En la América Latina, México y Buenos Aires.

Edmundo de Amicis mira con justa lástima una casa sin libros. Y cómo no, si todos los hombres necesitan el alimento del alma tanto como el del cuerpo! La familia consulta el manual de cocina, pero se olvida a veces de tener un tomo de cuentos o poesías. Es bueno saber hacer un beafsteack, pero no está demás, oh señoritas, que os refresquéis el alma con un poco de frescura de Campoamor, o con una corta melodía de Bécquer. Y luego, que ya no es razón, como en el buen tiempo viejo, que la nobleza y la ignorancia anden siempre aparejadas. No creo tampoco que tener dinero sea motivo para ser ignorante. Al contrario, si el joven acaudalado sabe recitar a tiempo en el espléndido salón un hermoso soneto a algunas manos blancas y adorables, o a algunos labios encendidos de sangre virgen, se llevará doble palma en las batallas galantes, a fe mía.

Y luego, creen los tontos que los poetas «andan por allá arriba», que no saben sino cantar, pobres cigarras improductivas, la luz del grande y soberbio sol. Creen los bobalicones que andamos con la boca abierta buscando consonantes, con las manos en los bolsillos, como unos inútiles. Y todo lo visionario, y todo lo vago, y todo el humo del mundo se lo dan a uno. Como Platón, los polí-



ticos y los banqueros los destierran de su república. Todo porque se posée el verso, gloriosa música del alma.

Los músicos, los pintores y los estatuarios, artistas como los poetas, no son vistos del mismo modo. Se hacen pagar caro, y sus producciones las buscan y las adquieren los ricos. No hay sino escasísimos editores en la América hispana que paguen la producción intelectual, acercándose un tanto a la justicia.

Así pues, mi buen Acosta, el libro debe ser mirado como artículo de necesidad y por consiguiente, solicitado y pagado según su mérito.

No regales tu libro. El público vulgar cree que las prosas y los versos se escriben juega jugando- No sabe nada de los insomnios, de los padecimientos físicos y espirituales de los que damos el jugo de nuestras venas y la vida de nuestro cerebro, para dar alimento al vientre nunca saciado de la prensa periódica. No regales tu libro. Que lo vendan las librerías hispanoamericanas. Entiéndete con Bethancourt, de Curaçao, con Miranda de Santiago, con Casavalle, del gran Buenos Aires. Si tu libro gusta,—que debe gustar, porque es flor literaria, obra de un verdadero poeta,—se agotará esta edición, ganarás dinero y recibirás buenas propuestas. No regales tu libro.

RUBÉN DARÍO.






DE EL SALVADOR

VICENTE ACOSTA.

Cuando hace once años se fundó en esta ciudad la Academia de Ciencias y Bellas Letras, de la cual fué órgano oficial el Repertorio Salvadoreño, empezó a llamar grandemente la atención el nombre de un joven poeta que iniciaba con ardor y brillantez su carrera literaria.

Ese joven era Vicente Acosta.

Para la genaralidad del público era completamente desconocido; sus versos popularizaron bien pronto su nombre y su persona. Lo que entonces escribía era leído con avidez y juzgado con aplauso. Aún los del oficio, poetas y prosistas, se regocijaron con los triunfos del nuevo camarada.

Rubén Darío le consagró poeta; José Joaquín Palma encontró en sus versos la miel de las cañas cubanas; Francisco Gavidia lo elogió con entusiasmo; Adolfo Zúñiga se enardeció al leer la composición «Gritos» y saludó en Acosta el advenimiento de un artista inspirado y vigoroso; el decano de los poetas nacionales lo llamó «el primer poeta Salvadoreño», y el publiico profano encontró exactos tales juicios que estaban de acuerdo con su modo de sentir.

Fuera de Centro-América, sus versos tuvieron igual buena fortuna. Revistas y periódicos los encaminaron y los reprodujeron. Rafael Núñez, el más admirable poeta—filósofo de América Latina y unode los más poderosos cerebros del Nuevo Mundo—felicitó espontáneamente a Acosta por sus obras, especialmente por la composición «Ul-



tratumba» y le envió sus poesías con expresiva dedicatoria.

En las antologías de poetas americanos, hechas en España y en América, los editores han insertado siempre composiciones de Acosta, y su nombre es uno de los cuatro que aperecen citados como poetas centroamericanos en la Historia del progreso científico, artistico y literario en en el siglo XIX, publicada por la «Ilustración Ibérica» de Barcelona.

Qué ha sido juzgado adversamente por don Antonio de Valbuena? Tambien lo han sido Rubén Darío, Julián de Casal, Díaz Mirón, Miguel Antonio Caro, Gutiérrez Nájera............

Valbuena es el mismo que ha llamado a don Juan Valera «prosista pasaderillo,» y «poeta a fuerza de adjetivos» a Núñez de Arce; el mismo que ha dicho que Menéndez Pelayo no tiene más gracia que firmar torcido y no quitarse nunca la capa......

En Acosta, cualquiera que se fije un poco reconocerá facilmente dos épocas, que corresponden a dos maneras distintas de producir su obra de arte, con dos éxitos, distintos tambiém, pero siempre halagueños: la época en que escribió las mejores composiciones de La Lira Joven, que fundaron su reputación, y la época modernista, durante la cual sus producciones, tal vez más refinadas, parecen, quizá por lo mismo, menos espontáneas.

I como es todavía tan joven, como es poeta por temperamento, nosotros tenemos absoluta confianza en que, algún día,—ojalá esté próximo—inniciará una tercera época, al encontrar de nuevo la florida senda que guarda aún la huella triunfante de sus primeros pasos.

Francisco A. Gamboa.



A propósito de la edición de las poesías escogidas de Vicente Acosta, Juan Ramón Uriarte ha desprendido, para «Espiral», el párrafo siguiente que pertenece a un estudio sobre la Historia Literaria de El Salvador que ha escrito para un libro de propaganda nacional que publicará el Dr. Pedro S. Fonseca.

Decíamos que con Vicente Acosta se inicia el movimiento modernista de las letras nacionales.

Acosta se aparta con delicadeza del romanticismo, al cual pagara áureo tributo en sus primeros versos, aromados del sentimiento becqueriano. Sabe librarse de la influencia de los alejandrinos pomposos, sonoros y huecos de Velarde; de las doloras campoamorianas, imitadas hasta la saciedad; de las leyendas de Núñez de Arce, casi siempre ripioso; de las orientales de Juan Arolas, en quien se inspira José Joaquín Palma, dios menor de una turba de troveros románticos,

Acosta rechaza con discreción los procedimientos métricos en uso. Conocedor de la estética moderna, aprecia y usufructa el aspecto psicológico del verso, sin desatender el orgánico que en sus estrofas vibra al ritmo del primero.

Modernismo puro, es el de Vicente Acosta. Por eso, en nuestro poeta ningún verso es ridículo; ninguna estrofa, histérica; ningún matiz, absurdo; ninguna transmutación de sensaciones, y de acentos, loca; ninguna libertad, abuso.



Las composiciones poéticas de su segunda juventud hasta su muerte inmatura, son límpidas de toda mancha métrica, de toda desarmonía interior. Porque su vista mental fué sutil y amplia, y su percepción interna, profunda.

Como Calixto Velado, cuida siempre que sus versos tengan un motivo ideológico. Y nadie como Acosta ha sabido troquelar su obra con la sustancia poética superior, la que no se agota a la primera perceptibilidad, sino que perdura inagotable y siempre fresca a cada nueva percepción.



FILOSOFICAS





ULTRATUMBA

Espíritu que engendras las ideas
y animas con tu soplo lo creado
como alma universal! Tú que en tu vuelo
invisible rompiendo los espacios,
escudriñas el fondo de natura
con mirada profunda, y vas del átomo
a la mole; del árbol a la selva
de enlazadas cavernas; de los campos
a las montañas; de la estéril roca
a la alta cumbre; de la flor al astro;
del soplo al huracán; del cristalino
arroyo de ondas tersas, al crinado
raudal que de las cumbres se desata
con música salvaje; del océano
al cielo, a las alturas misteriosas
de donde mana el éxtasis; del lampo
a la aurora que enciende el claro día;
del celaje de púrpura al nublado
que corona la frente de los montes;
de la oruga a la chispa; del relámpago
al incendio; de la hoja a la floresta
de centenarios y copudos árboles
que se elevan severos como inmensas
columnas de algún templo abandonado;
del eco al ritmo; del reptil al ave;
del lago azul al fétido pantano
de turbias aguas; del rumor al grito;

del manantial al río desbordado
que los montes atruena; y del insecto
al águila de vuelo soberano,
garras de bronce y encorvado pico,
símbolo de la fuerza! Tú que osado
haces en tu carrera prodigiosa,
como la tempestad en el océano,
rugir el pensamiento en el cerebro
y el dolor en el alma—sordo rayo
que brota de la angustia comprimida—,
dime, pues que eres el eterno sabio
que escudriñando mundos has leído
en la página inmensa de lo creado
que Dios en sus divinos embelesos
en su éxtasis de artista sobrehumano,
asomado al dintel del infinito,
bordó de sombras y escribió con astros:
¿qué hay tras el velo de ese azul que ríe
profundo, extenso, dilatado campo
do en fantástica danza raudos giran
enjambres de planetas revolando,
bandadas de gigantes mariposas
que la luz infinita ha enamorado?

¿Morir es renacer? Tras de la puerta
obscura de la tumba, que enlutado
guarda el ángel sombrío del misterio,
mustia la faz y el dedo sobre el labio
imponiendo silencio, ¿brilla eterna
la verdad como un día sin ocaso?
¿la esencia del querub es la del hombre?
¿en lo divino fundase lo humano
y en lo humano se funda lo divino,
en infinito círculo girando?
El alma, desligada de la carne—
como el perfume escápase del vaso—
¿vuela a vivir la vida del espíritu

a otro mundo sin fin, mundo ignorado,
de luz perpetua y de perpetuas sombras?

¿Será verdad que la invisible mano
que empuja el universo, y la semilla
hace en el surco germinar, y el ancho
océano encadena, formidable,
y el árbol cuaja de racimos áureos,
y el campo borda de esmaltadas flores
e inunda el bosque de armoniosos cantos,
deja secar las fuentes de la vida?

El cadáver que, pasto de gusanos,
la tierra abriga en sus entrañas negras
con la siniestra mueca del sarcasmo
que al derrumbarse causa lo pequeño;
y fuera un tiempo asilo sosegado
que el luminoso espíritu encerrara
de bate soñador, de ilustre sabio:
débil corteza que aprisiona el fruto:
o la belleza angélica encarnado,
nido fué de armonías y de gracias,
tesoro de dulzuras y de encantos:
al hundirse en las sombras de lo ignoto,
bajo un montón de tierra sepultado,
¿halla en la obscura muerte su destino?
¿existe un más allá? ¿delirio es cuanto
la fé y el dogma y la piedad predican?
¿el hombre vino al mundo destinado
sólo a ser savia que en las venas corra
de humilde hierba o de robusto árbol,
de blanco lirio o de encarnada rosa?

¡Oh dolor! Esos ojos donde el rayo
de la luz tiembla en armonioso giro,
de la esperanza al seductor halago,
o del dolor al silencioso golpe;



el pecho que robusto, entusiasmado,
sienta latir un corazón de fuego,
como la blonda espiga encierra el grano
que estalla al beso del pomposo otoño
y ha de ser el sustento moderado
de numerosa prole; la ardorosa
mente que sueños forja: todo cuanto
bullir sentimos en el fondo obscuro
de nuestro ser: los goces no alcanzados,
las ansias que el espíritu enardecen,
la virtud, el amor—dulce remanso
de la vida—; la angustia, el sufrimiento
que oprime el corazón con férrea mano;
el honor que es obscuro calabozo,
la conciencia que es monstruo despiadado:
¿acaba todo con la muerte, en polvo
convertido? ¿Del fondo de lo creado
podrá surgir la nada? ¿Acaso brotan
tinieblas de la luz, nieve del fango,
flor del hielo, armonía del silencio
y juventud de la vejez?
¡Oh arcano!
¡Oh pavorosa noche del misterio!
¡Sombra que no penetra ningún rayo!
¡Muro de bronce que no deja paso
a la ciencia, al análisis, al examen!
Que el pensamiento, pájaro enjaulado,
delante lo imposible se detiene
y expira, como el día en el ocaso
o el arroyo en el mar.
Dios sólo tiene
la clave de ese enigma, del que en vano
la razón quiere desgarrar el velo
y la aurora inflamar dentro del caos!



GENESIS

Despertaba el Planeta, y en el éter erraban
las pavesas de mundos apagados; fragmentos
de astros, a que empujaban
desconocidos vientos.
Daba el primer vagido la gran Naturaleza.
Era el alumbramiento sublime y horroroso
de la fuerza fecunda.

En el espacio inmenso, luminoso y profundo,
en donde la mirada se fatiga y consume,
como una flor gigante recién abierta, el mundo
columpiábase envuelto en un vasto perfume.

El piélago espumoso, traquilo, inmensurable,
aun no había sentido, como el corcel el freno,
la presión de los remos, y en una inabordable
lejanía espaciaba sus olas como sábana.
Los árboles robustos,
llenos de savia virgen, extendían al viento
sus retorcidos brazos, y eran columnas rústicas
del gran templo del bosque, por donde se esparcía.
en notas religiosas, la sagrada armonía
del coro de los séres.
Y todo lo creado
nadaba en una aurora.



Por entre los escarpes y las rudas vertientes;
por entré los declives
y las ondulaciones dilatadas del valle;
por los contornos ásperos de las oscuras cuencas,
y las recias laderas y las sienes del monte;
sobre cuanto inundaba
la gracia del artífice, rica desparramaba
las fuentes de la vida
una paradisiaca vegetación....
Giraba
la Tierra alborozada, con un ritmo fantástico,
bajo el azul eterno, que temblaba y lucía.

Entonces, recogido el buen Dios en sí mismo,
de pie en el Infinito donde irradiaba el día,
a las profundidades arrojó del abismo
el rayo fecundante de la Sabiduría,
para formar al Hombre.
Y el Hombre fue creado.
Y era manso y sublime cual la Naturaleza
en que había surgido. El bruto era su amigo,
su arma su brazo rudo, su adorno su belleza.
En su alma, dulce hermana
de todo lo creado,
aun no había sembrado
su sal amarga y áspera la ingratitud humana.
ni a la ambición abierta
estuvo nunca; ni honda,
la fiebre de la envidia
hizo en ella su lecho.
Aún no había clavado en aquel franco pecho
su garra la perfidia.

Agreeste sacerdote,
en la solemne umbría
oficiaba inspirado al gran Padre del día,
en un rito salvaje.



Y el pájaro soltaba
su reguero de trinos como enjambre de rimas,
y su cabeza blanca, como orando, inclinaba
la más alta y soberbia y anciana de las cimas.
de aquella augusta fiesta,
de aquel vasto sagrario,
La callada floresta
era enorme incensario.
El buen Dios aun no estaba de su obra sotisfecho.

Desprendió de su espíritu una chispa: la Idea,
y la infiltró en el Hombre,
quien, desde entonces, crea
mundos como el Eterno, con el fecundo aliento
que emana de su alma.
Y le acosa y fatiga
un monstruo: el Pensamiento.






DE EL SALVADOR

CONFRONTACIONES

(A Calixto Velado.)

I

De pie sobre la roca
que dentro el mar avanza,
donde las iras de sus olas crepas
el espumoso piélago quebranta.

II

Inmóvil, con el porte
sereno de la estatua,
en la traquila inmensidad envuelto
y hundida en lo infinito la mirada;

III

A la luz del crepúsculo
contemplo en lontananza
confundido el azul claro del cielo,
con el azul profundo de las aguas:



IV

El pálido celaje
que flota como el ala
de un ángel; horizontes indecisos;
la ribera; el follaje de esmeralda:

V

La roca, el precipicio,
el ave; la ola mansa
bañando la cabeza del escollo;
claridades, abismos y montañas..

VI

¡Y pensar que todo eso
desparece, si airada
la tempestad en el inmenso espacio,
despliega sus enormes, negras alas!

VII

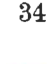
¡Misteriosa armonía,
extraña semejanza,
la que hay entre el abismo del espíritu
y el abismo del cielo y de las aguas!

VIII

Allí hay sacudimientos
de luz; reflejos de alba:
hay celajes: la dicha, los placeres;
hay astros: el amor, la virtud santa.

IX

Que también como el cielo,
tiene su azul el alma,
donde, en la primavera de la vida,
brilla como una aurora la esperanza.




X

Después: el desengaño,
el mal, la duda amarga
nubes en el espíritu amontonan
y la tormenta pavorosa estalla!




DE EL SALVADOR

CONTRASTES

Del carcomido tronco
brota lozano el pámpano florido;
flota el astro en los pliegues de la sombra
y nace a orillas de el pantano el lirio.

Bajo la onda amarga
yace la perla; al borde del abismo
tiende la flor sus pétalos de seda
y vaga en medio del silencio el ritmo.

Duerme en la nube el rayo
como el delito en la conciencia; el limpio
fulgor de sol empaña densa niebla,
y va el fulgor a la tiniebla unido.

Tiene insectos la rosa
y rasgos de belleza el tosco ídolo;
flores hay en la tumba; impuro cieno
en el fondo del lago cristalino.

Gusanos mil rebullen
en la dorada poma; junto al limo



colúmpiase la rubia espiga; esconde
en su concha tesoros el marisco.

Como el beso en los labios
y la mirada en las pupilas, trinos
duermen en el boscaje, del que un arpa
es cada rama y cada acento un ritmo.

Hay risas que disfrazan
la convulsión del odio comprimido:
carcajadas que son una agonía
y lágrimas que son un lenitivo.

Y senos de alabastro
en cuyo fondo se revuelca el vicio,
como el monstruo que yace bajo la onda
o el áspid en las flores escondido.

Las aves cuando vuelan
surcando los espacios infinitos,
¿quién sabe dónde pararán el vuelo
y sobre qué árbol construirán su nido?

¿Quién sabe lo que dice
de la ola aprisionada el ronco grito,
lo que brilla en el fleco de la estrella,
lo que encierra la gota de rocío?

¿Qué murmuran los ecos
sobre la copa del enhiesto pino,
lira de melancólicos arrullos
que pulsan leves, invisibles silfos?

¿Qué hay en el tinte vago
del celaje, cual velo suspendido



por la mano de un ángel en el cielo?
¿qué en la queja, en la nota, en el suspiro?

¡Extraña ley del mundo!
¡Siempre el misterio a la existencia unido!
¡Es el destino que el supremo Artífice
en la conciencia universal ha escrito!




DE EL SALVADOR

SECRETOS

Me halló triste la noche,
noche tibia, serena y perfumada.
Por la tranquila atmósfera, la sombra
las orlas de su manto desataba.

Era la hora en que sopla
el ambiente cargado de fragancias
extrañas, de rumores misteriosos
y de armonías trémulas y vagas;

La hora en que la estrella
se enciende como flor de luz, temprana,
en que el recuerdo flota como aroma
y, como ave, alza el vuelo la plegaria.
Apoyada en las manos
la frente soñadora, yo pensaba,
desligado del mundo de las formas,
en el Arte, en la Gloria, que es mi amada;

En lo mucho que sufre
el que siente la fiebre de las ansias
y de quedarse tiene atado al suelo,
pájaro herido, destrozada el ala



En algo que es extraño
a lo que en torno de lo humano vaga,
caricias de aleteos impalpables,
auras del cielo refrescando el alma

En el ideal divino
que aprisiona la carne entre sus garras;
en todo lo que alumbra y lo que incendia
y en todo lo que vuela y lo que canta.

Y me dije, asomado
a las profundas simas de mi alma,
abiertas a la duda, como bocas
que se beben la sombra con sed ávida:

¡Oh, dormidos deseos!
No despertéis hasta que surja el alba
que habrá de señalaros el espacio
luminoso que surquen vuestras alas.
¡Ah! yo os veré ese día,
a la radiante luz de la esperanza,
cruzar por el azul de los ensueños
como bandadas de palomas blancas.





A ABELARDO

Bajo las anchas, espaciosas naves
del templo majestuoso que, severas
extiende sus arcadas y columnas
en gigantesca exfoliación de piedra,
y el órgano imponente con sus notas
solemnes, graves, religiosas llena,
derramando en las almas la beatífica
unción que postra en la plegaria eterna,
mientras del coro las aladas voces
por el recinto venerable ruedan;
en los claustros del triste monasterio,
inmensa tumba en cuya obscura puerta
vela el Silencio, el dedo sobre el labio,
y la algazara mundanal se estrella.
refugio de dolores ignorados
y asilo de recónditas tristezas:
en medio del desierto, frente a frente
de la sombría y gran Naturaleza:
en el campo do el árbol su ancha copa
balancea bebiendo auras etéreas:
por incógnitas fuerzas impulsado
a pensar como el pájaro que vuela,



?en qué hondas reflexiones sumergíase
tu espíritu inmortal? ¿qué sed inmensa
de lo desconocido te abrasaba?
¿qué ensueños innundaban tu cabeza,
cargada de insondables pensamientos?
¿qué afán te consumía en llama lenta
mirando siempre a arriba y poseído
del éxtasis sagrado? ¿qué secreta
ley, qué hado huraño aquí en el mundo guiara
tu vida, siempre envuelta en la demencia
de un destino implacable y fiero, como
en sábana de nubes? Tú poeta,
tú sabio, tú filósofo, tú amante,
hermano del dolor, ¿qué oculta pena
te desangraba el corazón, en tanto
que, viviendo la vida de la idea,
la sonda echabas a ese inmenso y lóbrego
océano sin fondo de la ciencia?

¡Ah! la desgracia te arropó en su manto!
Tu vida fué una tempestad deshecha
y cada día un desengaño vino
a aumentar el caudal de tus tristezas.

Lo que sufre el labriego cuando tiende
su mirada de amor por las sedientas
eras, que el riego fecundante aguardan
para trocarse en mar de espigas trémulas,
Y cuando más sus esperanzas crecen,
al fragor del nublado que revienta,
corren las aguas, inundando todo,
y en pantano insalubre el campo truecan,
Tú lo sufriste!
La simiente amarga
del dolor, brotar hace yerbas negras
en el alma, y la frente se corona
de sombras, como lúgubre diadema.



Rasgar el velo, el invisible velo
que oculta la verdad, única, eterna,
y en el abismo en que el misterio vive,
buzo que al fondo de las olas llega,
sorprender la razón; sufrir el odio
como el árbol que azota la tormenta;
ser grande hasta agobiarte el rudo peso
de tu propia grandeza; las cadenas
triturar del espíritu cautivo
y entre zarzas hallar una azucena
celeste, una aura embalsamada y pura
cuyo soplo refresque tu alma enferma!
Tal fue tu sino; y tú fuiste, Eloísa,
alma de amor y de grandeza llena,
lirio del Paracleto, quien dió aliento
al proscrito....Que en esta lucha cruenta,
si cae de labios puros, la palabra
se ilumina en la sombra y se hace estrella.

Siempre flotó vuestra esperanza en olas
de dolor; fue angustiosa vuestra senda
hollando por doquiera el *imposible;*
que un grande amor no cabe aquí en la tierra.

Y fue el lecho nupcial la obscura tumba,
de vuestro amor....La muerte, justiciera,
desposó vuestras almas. Dormís juntos
el sueño de que nunca se despierta.
Y, sombreando la lápida mortuoria,
el mirto floreciente, en primavera
perpetua, extiende sus fragantes ramos
que los amantes con piedad veneran.





NOCTURNO

Cerré el libro con mano fatigada
y al balcón me asomé con ansia ardiente.
Cuánta frescura había en el ambiente
de esa noche tranquila y perfumada!

Como una mariposa, el pensamiento
flotaba en pos de luminosas huellas,
arriba, más allá de las estrellas,
en dulce y amoroso esparcimiento.

Jardín en campo azul, todo hermosura,
el estrellado cielo parecía,
y a sus reflejos mi alma se entreabría
como una flor sedienta de frescura.

Ella, la pobre, a mundos más risueños,
en su sed de ideales, aspiraba,
y con goce infantil se columpiaba
en la hamaca de rosas de los sueños.

Poco a poco, al quedar desvanecida
la sombra de tristeza en que me pierdo,



de entre las blancas nieblas del recuerdo
surgió todo el pasado de mi vida.

Del fondo del lejano panorama
álzase una beldad que agita un velo.
¡Ay! es mi juventud que, al irse al cielo,
para decirme adiós, triste me llama.

En vano quiero retardar su viaje,
Con torpe mano deshojé sus flores......
Hoy, al verla bañada en resplandores,
besar quisiera la orla de su traje.

La sombría impotencia en que me agito
rebelde, al devorar mis enegías,
sólo les deja a mis postreros días
una alma seca, un corazón marchito.

Arroja sobre mí su manto el duelo
mientras el recio batallar perdura:
La esencia de mi sér busca la altura,
mas, la tosca materia busca el suelo.

¡Oh qué espantosa dualidad, Dios mío!
¡Llevar en sí el abismo y la alta cumbre,
el oro virgen y la sucia herrumbre,
la fe y la duda, el goce y el hastío!

Así una voz en mi interior clamaba.
El cielo me miraba y parecía
sonreír con angélica alegría,
mientras en luz más pura se inundaba.

Y en la nocturna inmensidad, callada,
me pareció, al calmar mi fiebre ardiente,
que un soplo del Eterno era el ambiente
de esa noche tranquila y perfumada.



OH. DIOS!

En medio de mi sombra,
luchando con el monstruo de mi soberbia, sufro
lo que el rendido náufrago, juguete de las olas,
elevando las manos hacia el cielo profundo.

Me alzo con la montaña
de mi ambición en hombros, y su peso me abruma;
hambrientos mis deseos en mí clavan sus garras,
todas mis esperanzas en un sueño se esfuman....

Llevo en mí la tormenta.
cavando mi existencia yo busco el claro pórtico,
el pedazo de cielo donde nada la estrella,
el temblor luminoso de los eternos ortos.

Mas mi fiebre se apaga
¡Oh, Dios! si tu pupila me baña con su luz,
como si entre los pliegues de la sombra crispada
reventara una hermosa, inmensa flor azul.

Alma, ya no desmayes!
Sufre tu pena, carga tu cruz: clarea el día.
Las aves de la noche las alas negras baten....
Va a amanecer: el alba, la vida, se avecina.




DE EL SALVADOR

LIRICAS






DE EL SALVADOR

QUIMERA

Con mi jardín de sueños en el alma,
que da celestes flores,
¡cuántas veces dichoso me he sentido,
en mis dolientes noches!
La Quimera en sus brazos me ha llevado
hacia mundos mejores,
al cielo del amor, que sólo habitan
amantes corazones.
Mas, bien pronto el encanto queda roto,
y las celestes flores,
se cambian en zarzal de interminables,
negras desolaciones.






DE EL SALVADOR

ORQUIDEA

I

Nos separa un abismo, bien lo sabes,
y que a llenar no alcanza tu ternura,
más dulce que el arrullo de las aves
en la fresca espesura

II

En el infierno de mi orgullo hundido,
en vano aspiro al cielo en que tú brillas;
porque los dos ¡oh niña! hemos nacido
en opuestas orillas.

III

Ni yo puedo subir hasta tu cielo,
ni tú bajar hasta mi infierno puedes;
ni yo me agarro a tu beldad de hielo,
Ni tú a mis ansias cedes.

IV

¿Qué hacer? Luchar es ya imposible:
el vigor en la lucha hemos perdido....

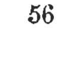


¡Oh, mi cumbre de nieve, inaccesible!
¡Mira, subir no puedo, estoy rendido!

V

Si no es posible que el virgíneo velo
pueda ceñirte aquel que no te alcanza,
"¡agonicemos contemplando el cielo,
ya que el cielo es nuestra única esperanza!"







ALETEOS

Cuando, envuelta en las brumas del sueño,
el no sér ante tí se dilata,
y como ave ideal, mi alma emprende
raudo el vuelo hacia tí, a tu morada;

Dí ¿no sientes la trémula queja
de un suspiro doliente que pasa
y que roza tu frente de lirio
con la seda sutil de sus alas?

¿Que en la flor de tus labios se posa
a beber el perfume de tu alma,
o en tu seno de mármol corintio,
por saber si palpita, si ama?

¡Son mis locos deseos que rondan,
mis doradas quimeras que pasan
y al mirarte tan blanca y tan pura,
te abanican moviendo las alas!

Y al volver a su nido me dicen:
"no despierta; dormida está su alma."
Y yo pienso en la hermosa leyenda
de no sé qué Princesa encantada!




DE EL SALVADOR

A UNA PECADORA

¿Es la comedia cruel de los amores
la que con *él* representar hoy quieres?
¡Ay! a veces vosotras, las mujeres,
sois venenosas como ciertas flores.

Tus ojos asesinos y traidores,
son los fríos puñales con que hieres
a esa alma desgarrada, en quien prefieres
verter toda la hiel de los dolores.

Tu belleza magnífica atesora
resplandores y sombras, cieno y nieve....
pero surge la duda aterradora

de que, si ese conjunto se remueve,
queda sólo la impura pecadora,
como el fango en la calle cuando llueve!




DE EL SALVADOR

FLORES HUMEDAS

I

Cayó, como una lágrima del cielo,
una gota de lluvia
en la corola virgen de una rosa,
que se esponjó sonriendo de ventura.

Como perlas del alma, desprendidas
rodaron, una a una,
de tus divinos ojos varias lágrimas,
en un rapto de amor y de ternura.

Presto un rayo de sol, una caricia
de luz, borró el diamante de la lluvia,
engarzado en la copa embalsamada
de la rosa de púrpura.

Y unos labios amantes, y encendidos
en pasión, con dulzura
las perlas cristalinas de tu llanto
borraron, una a una,

La gota desprendida de los cielos
en diáfano vapor voló a la altura,
y, lánguida la flor dobló la frente
como una moribunda.



II

Valen más que las lágrimas del cielo
las lágrimas del alma, linda rubia:
con hilos de cristal aquellas tejen
del nubarrón la vaporosa túnica;
mientras las dulces lágrimas que arranca
Amor, de un alma en flor como la tuya,
las bebe otra alma con afán, y siente
que la dicha la inunda.





RAFAGA

Parecía dormida sobre el lecho
la hermosa virgen muerta.
El lino de su veste vaporosa
no era más blanco que ella.
A través de los vidrios se colaba
un rayo de luz trémula,
que dejaba en los pálidos despojos
no sé qué transparencia.
Reinaba una frescura deliciosa
en la mañana aquella
En el jardín, la orquesta de los pájaros
parecía de fiesta.
Fuera, todo placer: sólo reinaba
adentro la tristeza.
Aquí el silencio; la onda de la vida
atronando allá fuera.
¿Por qué en brazos del año que termina
te vas, hermosa muerta,
y abandonas el nido de mi alma,
oh, mi esperanza bella?
¿Por qué te vas, lucero de mis noches
¿no ves que con tu ausencia
ya no vale la pena de vivirla
esta vida tan negra?




DE EL SALVADOR

OASIS

Por la pálida fiebre consumido,
en los mares de arena del desierto,
ve, de pronto, surgir, en lontananza,
verde paisaje, el ávido viajero.

Tendiendo la mirada con cariño
al lejano confín, en un supremo
esfuerzo, la distancia salvar quiere,
mordido sin piedad por el deseo.

Hasta él siente llegar la perfumada
dulcísima caricia de los céfiros;
mas ¡ay! soñando en fuentes cristalinas
y flores, halla tumba en el desierto....

Mi corazón sediento de ternura,
busca el oasis de tu amor; viajero
perdido en el desierto de la vida,
cargado de esperanzas y recuerdos.

Da a ese pobre mendigo la limosna
de una mirada de tus ojos negros,
para que no maldiga de su suerte,
muriendo de dolor en el desierto!




DE EL SALVADOR

EN LA CARTERA DE UN AMIGO

¿Te acuerdas de esas íntimas veladas
de impuro goce y deslumbrante orgía;
de esas noches de amor, noches doradas,
vivas en mi memoria todavía?

¿Te acuerdas de Marión, la rubia aquella....,
la pálida y divina pecadora
que sabía mirar como una estrella
y también deslumbrar como una aurora?

¿Aquella a quien hiciste madrigales
olorosos a ramos de violeta;
diosa de las doradas bacanales,
impura musa del genial poeta?

¿La que hacía adorar, por modos sabios,
la rosa, sin rival, de su hermosura,
y en la copa encendida de sus labios,
beber a sus amantes la locura?

¿Que en su talle, opulento y cincelado,
supo reunir, para el placer fundido,



todas las tentaciones del pecado,
los halagos de todos los sentidos?

Siempre me acuerdo de Marión! Su acento
resuena en mis oídos todavía,
como mezcla de arrullo y de lamento,
como ¡ay! de un alma que al llorar reía.

Reía, mas, su risa disfrazada
ocultaba una "inmensa sed de amores."
Yo sé de más de un alma desgarrada
que su intenso dolor cubre de flores.

En púrpura su rostro se incendiaba
cuando, animada aquella flor de anemia,
la espuma del champaña coronaba
las riquísimas copas de Bohemia.

Si entonces resonaba tentadora
la risa cristalina del teclado,
en la onda del champán embriagadora,
ella buscaba olvido a su pasado.

Como un abismo el baile la atraía,
y al lanzar en sus giros su hermosura,
de su pudor el velo se encendía
en una llamarada de locura.

Rodaban en las ondas del ambiente
en alegre tropel, risas, canciones,
cuando el pecado resbalaba ardiente
sobre el fango de impúdicas pasiones.

Al anunciar en su clarín la aurora
la diana precediendo al nuevo día,



terminaba el festín; y en esa hora
de alegre despertar, Marión dormía.

Y a solas con mi loco pensamiento,
de tánto goce impuro el alma hastiada,
me hacía padecer el sufrimiento
de aquella Margarita abandonada.






DE EL SALVADOR

FIESTA DE CORPUS

Como diáfanas cortinas
de sutiles muselinas,
a los rayos matinales
resplandecen los cristales
de las soberbias vitrinas;

Donde, en fantástica lluvia,
la luz, que todo lo alegra,
su oro más puro diluvia
ya en una melena rubia,
ya en una melena negra.

Miniatura de bazar,
estuche que un mundo encierra,
parece un hermoso altar,
o el cielo en que han de soñar
los ángeles de la tierra.

Por entre las mudas filas
de tambores y clarines,
los vistosos Arlequines
muestran las claras pupilas,
con trajes de colorines.



Mira qué humos de Princesa
gasta esa muñeca—esa,
que de raso azul vestida,
se hace la muy merecida
eon su boquita de fresa.

Con sus fríos esplendores,
¡cómo se parece a tí,
muñeca de mis amores,
¡planta hermosa, mas sin flores,
divina estatua ¡ay de mí!

Sólo que ella no hace el daño,
¡ingrata,! que tú me has hecho,
desde que, con goce extraño,
el puñal del desengaño
clavaste en mi propio pecho.

Mas ya la campana suena
y con su alegría, llena
la tranquila inmensidad,
en tanto que en la ciudad
loco tumulto resuena.

Y entre esa onda de placeres.
lujo y vanidades huecas,
van confundiendo sus séres
muñecas como mujeres,
mujeres como muñecas.



CREPUSCULO DE LA MUERTE

Entre los pliegues sueltos y odulantes
de la bata de suave muselina,
parecía una rosa moribunda
en una copa de cristal cautiva.

*

Sí, era una rosa humana que expiraba,
esparciendo el perfume de su vida
en torno del ambiente que, asesino,
Invisible puñal en élla hundía.

*

¡Con qué dulce abandono sepultaba
en las manos la frente pensativa;
manos que entre la noche de sus rizos
dos blancas azucenas parecían!

*

¿Era el dolor inmenso de la ausencia
o el placer de la próxima partida,
lo que en esos instantes de abandono
su desgarrado corazón sentía?

*





No sé, más al bajar su pensamiento
del azul del ensueño, parecían
más ideal su palidez de cirio,
mas intensa la luz de sus pupilas.

*

El insomnio dos círculos violeta
en sus ojeras ya pintado había,
y de sus negras cejas los dos arcos,
de un pájaro las alas parecían.

*

Y era bella esa tarde en que brillaba
el sol con luz más amorosa y limpia,
se enfloraban los árboles, y el cielo
con el azul más puro sonreía

....

Tan sólo para tí no hay Primavera,
músicas ni perfume, pobre niña!
¡ya para tí no sonreirá ese cielo,
ni se alzará ese sol tras las colina!

*

Cada hora implacable que transcurre,
un paso es que a la tumba te encamina;
cada aurora que pasa es una hoja
arrancada del libro de tu vida.

*

Eres flor deshojada por la mano
de la muerte, ¡y aun quieres, pobre tísica,
agarrate a la vida, y de este mundo
beber en la ancha copa, con delicia!



Aun sueltas en bandadas tus deseos
al país del amor, donde la dicha
guarda árboles rociados de azahares,
velos y trajes blancos a las niñas.

*

¡Y eres la desposada de la muerte,
no la novia del sér con quien deliras!
Tu tálamo nupcial será la tumba
y allí te quedarás pálida, y fría....

*

¿No has visto que las flores de tu huerto,
cuando te ven pasar, tristes se inclinan
como para besar, por la vez última,
las orlas de tu traje, virgencita?

*

Tiempo ha que no se asoma a tu ventana,
para verte, tu estrella favorita;
está triste la pobre, porque sabe
que se acerca tu eterna despedida.

*

Hasta Lys, el canario, ha enmudecido,
y cuando no lo miras, él te espía
receloso, y parece que dijera:
¿qué mal le han hecho a mi adorada niña?

*

Huérfano de tu mano, si el teclado
hay una mano extraña que lo oprima,
parece con su notas que quisiera
quejarse de tu ausencia, y que suspira.



Con sus más ricas y soberbias galas
para morir la tarde se atavía,
reclinada en su lecho de celajes
Y fijas en la tierra las pupilas.

*

Contempla el bosque, el mar, el cielo y **manda**
a todos una última caricia
de luz, con la mirada moribunda,
hasta que en brazos de la noche expira,

*

¿No ves cómo el crepúsculo ya vierte
en el cielo sus oros y sus tintas?
como otras veces ¡ay!, hoy, en su fondo,
no se hunden con deleite tus pupilas.

*

Vendrá a sentarse al borde de tu lecho
pronto la muerte—noche de la vida—
me lo dice esa fiebre que te abrasa
y ese golpe de tos que te aniquila.

....

Ya asoman los fantasmas del delirio
en su mente: sus ojos se iluminan
al igual de las lámparas que adquieren
cuando van a extinguirse, luz más viva.

*

Y se incorpora en el sillón, y pasa
la mano por su frente pensativa;
mano que entre la noche de sus rizos
una blanca azucena parecía.



Es el postrer aliento de la llama
ante el soplo tenez que la aniquila;
es la última protesta de la carne,
es el último esfuerzo de la vida!

*

Porque, en brazos que la aman, muy en breve
su frente, como un lirio que se inclina,
tronchado, por el viento, se doblega;
y lenta, sueve y dulcemente expira....




DE EL SALVADOR

TUMBA DIVINA

Esa flor que en tu seno espira en brazos
de una agonía dulce y perfumada,
entre espumas de encajes y de blondas,
es feliz: siente que muriendo te ama;
bendice su destino, contemplándote;
en un suspiro su ternura exhala;
se incorpora, y al darte el postrer beso,
te envuelve en el espíritu de su alma.

Mi amor, menos feliz, no encontró tumba
de tan hermosas y soberbias galas:
se abrió, como esas flores de los campos
que destroza, al pasar, planta ignorada,
y sus hojas, dispersas por el suelo,
un soplo de las brisas arrebata.
El hubiera su pompa desplegado
en el vaso celeste de tu alma;
margarita de oro, hermoso lirio,
violeta azul, botón de rosa blanca.
Y al morir, porque todo pasa o muere,
cuando Mayo florece, ríe y canta,
volaría su espíritu, llevando
un pensamiento, una caricia casta,
un latido amoroso de tu seno,
como un fresco perfume, entre sus alas.




DE EL SALVADOR

SOTTO VOCE

Poblaba la orquesta de notas alegres
el cálido ambiente del ancho salón;
la luz como loca reía en los tersos
espejos, y el valse ligero empezó.

Mi brazo ceñía su leve cintura,
flexible a las rápidas cadencias del vals.
Rompiendo el silencio de pronto, recuerdo
que a su oído una frase llegué a murmurar.

Clavó en mí sus negras, serenas pupilas,
dobló como un lirio la frente, y ya en paz
el pecho oprimiendo su mano de nieve
con trémulo acento me dijo: jamás!

¡Oh, noches doradas de tibios perfumes,
de sedas y gasas, de dulce embriaguez,
miradas profundas, sonrisas ingenuas,
mejillas rosadas que enciende el placer;

Palabras que brotan del labio amoroso
y escucha la amada feliz, con pasión,



y senos que nadan en ondas de encaje,
¡y flores marchitas que un beso secó!

Dejadme mis sueños, mis dulces tristezas,
dejad que agonice de tanto pesar:
la herida de muerte que llevo en el alma,
no hay mano que cure, que borre un *jamás*!





CLEMATIDE

Mira el cielo que gris!

Las brumas pálidas
de otoño tienden sus crespones blancos
sobre el dormido espacio donde apenas
parpadea una estrella; sopla un hálito
de muerte, que entumece los botones
vírgenes y hace enmudecer los pájaros.
En vez del soplo tibio del perfume
que emerge del rosal, va el viento helado
cerrando con sus dedos temblorosos
los cálices en flor.

Los rojos labios
en su cárcel de púrpura aprisionan
la enamorada música del canto
y el tropel argentado de las risas;
sobre los hombros blancos, torneados
cae el sedoso abrigo, y las arañas
derraman de su luz el oro pálido,
en un florecimiento cristalino
por la callada estancia, donde el piano
espera silencioso que desgrane
rítmicas el teclado.

Es la hora misteriosa en que los sueños
sacuden, al pasar, el suave raso
de sus temblantes alas en la frente
de la dormida virgen, que, en letargo
de amor, entreabre la camelia roja
de su boca, que oprime un beso alado,
mientras sueña que estrecha dulcemente
a un amado invisible entre sus brazos....

Es la hora de los tristes pensamientos,
de los rumores hondos y lejanos;
la hora de la plegaria de las hojas,
la hora en que gime y se estremece el árbol;
la hora en que las flores que se cierran
se coronan de lágrimas, temblando;
la hora de las ansias melancólicas
en que sueña el poeta enamorado
con una mujer pálida y hermosa
que en el alto balcón lo está esperando!





PATRIOTICAS

Gritos

Los Manglares

Juárez

Las Aguilas del Norte

A Caton






DE EL SALVADOR

GRITOS

Al ver cómo el honor, cisne de nieve,
mancha el plumaje esplédido en la infamia
y sacude las alas y salpica
con las gotas de fango de sus alas:

Al ver el vasto roble hecho carcoma,
hecha negros escarpes la montaña,
dormido el león sobre sus zarpas rudas
y el águila, las alas cercenadas:

Al ver a la abyección, lebrel cobarde,
lamer la mano que fustiga y mata,
sentarse el crímen sobre todo un pueblo,
la pluma enmudecer bajo la espada:

Al ver los Cincinatos y Catones
poner el cuello a la opresora planta
del despotismo, y transigir con todo
lo que abomina y envilece y mancha:

Al ver (en dónde Juvenal te escondes?)
Al ciudadano convertido en máquina



que a su sabor manejan los tiranos,
mientras la plebe inbécil ríe y canta:

Al ver la austeridad hecha vacante,
quitarse la careta y reír, la farsa,
y en milano cambiarse la paloma
y tras las plumas enseñar las garras:

Ah! siento impulsos de romper en himnos,
en marsellesas, en estrofas bravas
que, como hachas tejantes hiendan cráneos,
Que rompan pechos como férraas lanzas

O ser ave y perderme para siempre
en la mar silenciosa e ignorada
del éter, donde el águila soberbia
bate los remos de sus grandes alas.

Y desde allá, mi cólera hecha rayos,
lanzar sobre esa muchedumbre de almas
para fundir infamias y miserias,
para azotar conciencias ulceradas:

Sembrar virtudes donde arraiga el crímen
hacer Atenas de lo que es Tartaria;
y después, sumergirme con mis plumas
en la explosión de luz de una alborada.



LOS MANGLARES

Era un alegre triunfo de luces y colores,
bajo del claro cielo, la aparición de esa alba.
a velas desplegadas, la voladora nave
iba cortando el raso celeste de las aguas.

Tenía transparencias azules de turquesa
la calma del paisaje, y en ella se bañaba,
en una deliciosa frescura, el pensamiento,
teniendo como un pájaro las entreabiertas alas.

Ni un soplo, de las aguas la superficie riza,
limpias cual de un espejo la luna veneciana,
y donde los manglares, ufanos, para verse,
inclinan los movibles follajes de esmeralda.

Hundidas las raíces en las serenas ondas
y las enhiestas copas al cielo levantadas,
oasis asemejan en el desierto líquido,
insumergibles náufragos parecen a flor de agua.

Sobre ellos la mirada reposa dulcemente,
y mientras, en las frondas, la luz del sol que avanza
prende rosados tules y cuelga velos de oro,
como visión de un sueño, veloz la nave avanza.



Innúmeras las islas, artísticos recortes,
al paso se suceden, más verdes y fantásticas,
como flotantes cestas repletas de follaje
que ocultan el regalo magnífico de un hada.

¡Quién sabe las hazañas de que testigos fueron,
si interrupió el silencio de esas dormidas aguas,
en los indianos tiempos, la silbadora flecha,
sus móviles cristales tiñendo de escarlata!

O fueron paraísos de amores, dulces nidos
donde a ocultar viniera su dicha codiciada,
en brazos de un guerrero, más de una altiva reina,
huyendo a los rigores de una feroz venganza,

La calma no perturban de esos tupidos bosques
el fecundante arado, ni su hembra, que es el hacha;
y al ver humanas formas ante ellos, al viajero
parece que llamaran al agitar las ramas.

¡Oh, bosques encantados! No es tiempo todavia....
mas ya se escucha el peso de la potente raza:
los bárbaros del *dollar*, los hunos del Progreso,
¡oh, bosques! a destruiros vendrán como avalancha.

En tanto que así erraba loqueando el pensamiento
y el sol en el espacio sus luces derramaba,
como un rojo aguacero de flores, descendían
pájaros a las frondas de la isla más cercana.

Salvaba la distancia la nave voladora,
cuando, al volver de pronto, curioso, la mirada,
absorto vió el viajero los pájaros que al cielo,
en espiral de púrpura, triunfantes se elevaban.



JUAREZ

Esta es la estefanía

a un augusto elegido, en un gran día.

Para él, el verso de oro
abra las alas, llenas de armonía,
en exámetro o yámbico sonoro;
la musa bata el vuelo
para lanzar sus cánticos al cielo;
y desplieguen sus iris las banderas
coronando las torres altaneras.

Era de aquella raza atormentada
bajo el yugo de torpe servidumbre;
raza crucificada
en el tosco madero del trabajo,
que no pudo llegar nunca a la cumbre,
que siempre estuvo envilecida abajo.

Raza que contempló, asombrada, un día,
hasta el valle, de la alta serranía,
(de su poder ufanos),
descender a los tercios castellanos;



que vió del arcabuz la llamarada,
mensajera de muerte,
infundiendo pavor entre la indiada,
y al fin, la cruz plantada
en sus templos; derruidos sus altares;
sus dioses seculares,
destrozados y en tierra,
bajo los cascos del corcel de guerra.

Por fallo del Destino,
el gran azteca vino
a ser la encarnación del alma errante
de todo un pueblo, de una raza entera,
que en su propia heredad proscrita fuera;
y templado su espíritu,
del Derecho de los grandes ideales,
inspirado y audaz, llamó sereno,
a su legión de leales,
para librar la desigual batalla,
del deslumbrante usurpador que acalla,
magnífico e insolente,
la voz de «libertad» con la metralla,
y el libertario, indómito y valiente,
que no ha de doblegar nunca la frente!

Al fin, lucir un día
vió la tierra asombrada,
sobre la gran Tenoxtitlán soñada,
una bandera, signo de hidalguía,

La caricia del viento
estremecer la hacía
con su amoroso aliento;
manos blancas, más blancas que azucenas,
desatan, al pasar los triunfadores,
una lluvia de flores.

¡Son los bravos soldados del Derecho!
¡son los héroes, los hijos de la Gloria,



que tienen ya un altar en cada pecho
y páginas eternas en la Historia!

Y ved lo que ha quedado:
junto a un manto imperial despedazado,
una rota diadema
que al irla a tocar qnema,
tres tumbas blanqueando en las lejanas
faldas del memorable
Cerro de las Campanas;
y, grande entre los grandes,
Juárez sobre la cumbre de los Andes!






DE EL SALVADOR

LAS AGUILAS DEL NORTE

Aprestan ya las águilas bizarras,
del clarín a las roncas vibraciones,
para la enorme caza de naciones
el corvo pico y las potentes garras.

Van tras la enseña de sangrientas barras,
que agitan formidables ambiciones;
piratas de espantosas proporciones
que a tiempo soltar saben las amarras.

No hay quien tuerza el torrente de la vida
ni quien el ceño del Destino ablande.
una raza por otra es absorbida.

Y hoy a la sombra secular del Ande,
cuando una cae exangüe y abatida,
otra se eleva triunfadora y grande.




DE EL SALVADOR

A CATON

Ah! cuando el crimen triunfa, es que abandona
Dios a los hombres a su propio esfuerzo;
es que cae la noche sobre el mundo,
es que sufren los buenos.

No elevan dioses falsos en el ara
las grandes conmociones de los pueblos;
no se vierte la sangre por un hombre,
sino por un derecho.

No hables de libertad, si la has matado
al tenerla en tus manos, pueblo abyecto!
ni excecres la opresión, por que tu alzaste
en hombros al dios negro.

Te engañaste ¡Oh Catón! en tu estoicismo.
No vale la virtud cuando en el cieno
una generación busca el reposo,
y en el mal el remedio.

Con la corriente en vano:
¿Quien te va a oír si el patriotismo ha muerto?



Déjale con su mal, ya que rehusa
la salud del enfermo.

I mientras Roma se hunde y reina César,
y caes tú en la libertad envuelto,
dí a esa turba de esclavos que como hombre
el gran Catón ha muerto.





TRADUCCIONES Y MOTIVOS

Friné

Las Lilas

Las Ondinas

Copia de un lienzo






DE EL SALVADOR

FRINE

(Motivo: un cuadro titulado "Friné ante
los jueces de Atenas")

Atenas, sacudida por un viento
de escándalo, al castigo se prepara
de la que con impío pensamiento,
conmoviendo a los dioses en su asiento,
los misterios de Eleusis profanara.

Graves los jueces en el ancho estrado,
suelta la barba de brillante plata,
ya el terrífico fallo han meditado;
pues ante crímen tal, inusitado,
la Ley sus rayos con furor desata.

Por fin, la hermosa criminal asoma,
y al peso aterrador de la conciencia,
inclina el cuello blanco de paloma;
tinte de rosa su semblante tóma,
que aviva de los jueces la impaciencia.

En vano el defensor de aquella impura.
suelta el raudal de su elocuencia; en vano!



Frío mármol parece cada anciano.
No hay salvación: "¡castigo a la hermosura,
en desagravio del ritual pagano!"

Ya muerta la esperanza, de repente,
cruza, como un relámpago, una idea,
del defensor por la exaltada mente;
el triunfo brilla en su abatida frente;
el júbilo en sus labios aletea.

Rasga la veste de Friné, y radiante
queda la hermosa en desnudez divina,
y el concurso de sabios, vacilante,
se cubre con las manos el semblante,
y absuelve á la ateniense libertina!

Las crónicas refieren que aquel día,
mientras triunfaba la sin par belleza
y de asombro al concurso estremecía,
más de un juez, fiel modelo de pureza,
a través de los dedos sonreía....



LAS LILAS

(Traducción)

Íbamos por el bosque floreciente
a los lentos vaivenes del carruaje,
y tras los dulces claros de la fronda
mirábamos el cielo de la tarde.

Era en la hermosa tierra en que naciste
y en el divino Mayo, cuando late
con un ritmo de amor Naturaleza
y resuenan doquier himnos nupciales.

En tus pupilas húmedas había
mucho del vivo sol de aquella tarde.
De tí manaba embriagador efluvio,
y con amor me puse a contemplarte.

El mármol de tu busto resaltaba
entre el moaré riquísimo del traje,
en tanto que en tu seno, un ramillete
de lilar expiraba, perfumándote.

No sé cómo se unieron nuestras manos,



no sé cómo, al mirarme, abandonaste
tu linda cabecita, y sonó un beso,
tan puro como el cielo de esa tarde.

Y mientras, dulcemente, rechazabas
mi rendida ternura, contemplaste
deshecho el ramo de fragantes lilas,
que quisieron morir embalsamándote.

Fueron esas difuntas perfumadas
símbolo del amor que me inspiraste....
lucieron una tarde en tu albo seno
¡ay! y murieron esa misma tarde.





LAS ONDINAS

(Tema de Heine)

Besan las olas la desierta playa
brilla en el cielo la argentada luna,
y un doncel, en la arena reclinado,
sueña en horas de amor y de ventura.

De entre leves espumas, las ondinas
surgen del mar, fantásticas y puras,
y acercándose al joven, con recelo,
mirándose entre sí, "duerme" murmuran.

Una (mujer al fin) curiosa toca,
de su cimera la flotante pluma;
otra levanta el rutilante escudo,
y eterno lema decifrar procura.

Esta, risueña, con mirar de fuego,
la limpia espada del doncel desnuda,
y apoyándose en ella, lo contempla
con mirada de amor y de ternura.

Aquella, en torno de él girando amante



trinando como un pájaro, murmura:
"¡Qué bello estás así, flor de la guerra!
¡qué no diera por ser amada tuya!"

Una, la mano llévase a los labios;
le manda un beso con temor, sin duda;
mas, ánimo cobrando, los bermejos
labios del joven con los suyos junta.

* * *

¡Quédate así, indolente caballero!
los ojos cierra y el dormir simula......
y déjate besar por las ondinas
a la alba luz de la argentada luna!





COPIA DE UN LIENZO

(A Rubén Darío)

Sobre el negro cantil de la roca
sembrada de grietas y de escarpaduras
en la forma de un águila,
que tallara con golpe certero
la pica, cual garra de bronce afilada,
del tiempo, viejo y rústico cantero;

Alza un árbol escueto
el follaje cálido
y la informe cabeza
sumerge en las ondas del éter impávido.

Arbol, cuyas raíces anudadas,
náufrago inconsolable
perdido en lo infinito,
aprieta como dedos
que se agarran crispados al granito.

Allá enfrente, la sierra que ondula
cual la curva que un lápiz trazara
y que azul y muriente se esfuma



en la página limpia del cielo:
aquí, el trémulo velo
que tiende la bruma
en giro sonoro
y que el sol clavetea de oro,
y más allá el oceano que, tendido,
solloza como un monstruo enternecido.

Qué de veces la tarde;
mientras el sol agonizante arde,
vió a un joven triste, soñador y altivo,
vagar, a sus doradas claridades,
por aquellas espesas soledades!

En las horas tranquilas
en que la luz entorna las pupilas,
él soltaba a volar las bandadas
de águilas bravas encadenadas
por la fuerza implacable y secreta
de un Dios, en su cerebro de poeta.

Pensaba en muchas cosas:
en la hirsuta melena
del león encrenchándose airado,
cual la crin de un cometa despeñado.
y en el numen soberbio, que truena,
el pie sobre la nube apocalíptica,
como San Juan en Patmos,
por la cólera loca
herido. que provocan los tiranos,
de Guernessey en la apartada roca.

Y al volver la mirada
hacia el cielo, él veía
el azul que se abría
como inmensa cortina rasgada



y en el árbol vertía
su luz en un cálido baño de gloria,
mientras el mar, tendido,
gemía como un monstruo enternecido.






DE EL SALVADOR

REGIONALES

El Maizal

Las Campanillas

En el Jardín

Arbol de Fuego

Paisaje




DE EL SALVADOR

EL MAIZAL

Bajo el calor del trópico, la vieja selva,
ebria de luz y vida, parece dormitar,
filtrándose en sus claros el sol, en haces de oro,
imprime sobre el suelo manchas de claridad.

El cielo extiende opaca su lámina de acero
donde se recorta la frente del volcán,
en tanto que el ambiente, cargado de fragancias,
hace temblar las ondas floridas del maizal,

Que ostenta resonante su océano de espigas
con los pechos rubios que la mazorca da;
y al derramar los tordos su alegre clarinada
asoma, allá a lo lejos, el rudo caporal,

El sueña con las trojes hinchadas por el grano
que la ópima cosecha vendrá presto a colmar;
y ansiosa la mirada sobre el sembrado tiende
que encierra la alegría, la vida del hogar.

Mientras el sol desgarra con vívidos matices,
de las pálidas nieblas el tétrico cendal,



en una sinfonía de esplédidos colores
estalla en el ocaso la luz crepuscular.

Rendido a las faenas del día que ogoniza
el labrador se pierde, camino del hogar;
y envuelta en una gloria de luces y de tintes
ondula con las brisas la pompa del maizal.





LAS CAMPANILLAS

Se estremece, agitada por el viento,
la cortina de azules campanillas;
flores madrugadoras y sencillas
que se abren con gentil despertamiento.

Las columpia, al pasar, con manso aliento
el céfiro al venir de otras orillas,
y en su balcón de verdes redecillas
hacen visajes al gorrión sediento.

Triunfantes las ha visto la mañana,
mas morirán al declinar el día....
Es de esas flores mi esperanza hermana.

Como ella ¡ay! en soledad sombría
las ilusiones, con su pompa vana,
nacen y mueren en el alma mía.




DE EL SALVADOR

EN EL JARDIN

Fingen, entre caricias ardorosas
del cielo del jardín en los confines,
vialácteas de nieve los jazmines,
llamaradas de púrpura las rosas.

Flotan blancas y azules mariposas,
como rimas de amor de los jardines,
y la gama de fuertes colorines
en las hojas da notas luminosas.

La cigarra estridula; en la enramada
el dorado racimo amarillea;
y en la tranquila inmensidad callada,
como en un pentagrama una corchea,
se ve pasar a un ave fatigada,
bajo un cielo de cinc que centellea.




DE EL SALVADOR

ARBOL DE FUEGO

Arbol, bajo la púrpura florida
de tu copa, que mayo ha engalanado,
acaso alguna vez mi bien amado
llegue a buscar tu sombra apetecida.

Para entonces la música surtida
de tus pájaros, guarda enamorado,
y en el soplo más fresco y perfumado
envuelve, a la que es mi vida.
En tu manto imperial de tintas rojas
envuelto, la canción de amores
de sus labios es bueno que recojas.

Bríndale tus tesoros y esplendores,
bésala con el beso de tus hojas
y báñala en la lluvia de tus flores!




DE EL SALVADOR

PAISAJE

En la estación hermosa,
la estación de la hermosa primavera,
del amor y la vida;
canta el pájaro amante una romanza
en la rama florida;
de los follajes cálidos y espesos
se desprede un rumor como de besos.

Vaga un hálito dulce, embalsamado,
del valle a la colina,
de la colina al valle;
el lirio perfumado
se mira en la onda tersa y cristalina.

La fronda está de fiesta:
hay música en los árboles tupidos
de la vieja floresta;
vibra la rama como dulce lira,
y en los calientes nidos
el idilio suspira;



El rosal en botones se desborda
llenando de perfumes el ambiente;
el celaje enamora
a la estrella lejana,
y la mejilla virgen y temprana
con un tinte de vida se colora.

Traen amantes quejas
los céfiros errantes;
en las bocas bermejas
hay besos palpitantes,
miradas desbordantes de ternura,

Y en la atmósfera tibia algo se siente
que aviva el curso de la sangre hirviente:
la tierra voluptuosa, alborozada
como una enamorada
que aguardara el instante apetecido,
se arroja en brazos del abril florido.





VARIAS

Los Mejores Versos

Lápida mortuoria de un poeta

Espíritu

Athenas




DE EL SALVADOR

LOS MEJORES VERSOS

En vano el dulce vate aquella noche
llamó a la casta novia de sus sueños,
de ojos de cielo y de cabellos de oro,
la musa inspiradora de sus versos.

A sus amantes súplicas, esquiva,
faltó a la cita; no escuchó su ruego;
y, abandonado y triste, sintió el bardo
que la sombra invadía su cerebro.

El jardín ideal de sus amores,
aquel jardín, en donde, en otro tiempo,
en íntimos coloquios se extasiaban,
silencioso mostrábase y desierto.

Mujer al fin, la espalda le volvía,
enamorada de un gentil mancebo;
que aman la Primavera las mujeres,
como las flores, y huyen del invierno.

Tiene horribles crueldades la impotencia,
sorpresas dolorosas para el genio......
fue una de tantas la que hirió esa noche



al viejo bardo en la mitad del pecho.

Desgarrado, sombrío. tempestuoso,
quedó vencido en el postrer esfuerzo,
en tanto que surcaba su mejilla,
silenciosa, una lágrima de fuego.

Contra la nieve virgen de las páginas
quebró la pluma, en su mortal despecho....
desde entonces, los versos que no escribe
son para el bardo sus mejores versos!



LAPIDA MORTUORIA DE UN POETA

En los mares celestes de tus versos
la purísima concha de tu alma
cuajó las limpias perlas de tus rimas,
hoy en regias diademas engarzadas.

Al nacer, Psyquis te besó en la frente
abanicando el raso de sus alas;
de tí se enamoró la Poesía
como Venus de Adonis; y sus palmas,
como en un triunfo, agitó la esquiva Gloria.
A tu paso, el laurel se abrió en arcadas,
y sus sonantes hojas con un himno
inmortal saludaron tu llegada.

* * *

El sagrado ideal te consumía,
inmensa sed de amores te abrasaba.
Tu alma—teniense de los tiempos áureos—
era, del alma griega, desposada.

Mago del verso, dios de la armonía,
músico celestial de la palabra:
quede mi humilde ramo de violetas
sobre el pálido mármol de esta lápida.




DE EL SALVADOR

ESPIRITU

Enmudeció el Oráculo, rodó la Pitonisa de su trípode,
el templo abandonaron los Dioses, y su olímpica altivez,
ruinosas, polvorientas, ya no sustentan las columnas jónicas,
como un florecimiento de mármol, en soberbia desnudez.

Ya las ondas airadas del Ponto no se aplacan ante el mágico
conjuro ni la ofrenda, ni la nave fenicia va veloz
con sus remos sonantes, desplegando sus velas de oro y
[púrpara,
que hincha el marino céfiro y que protege la piedad de un
[dios.

Ya el Parthenón en ruinas vió alejarse a Minerva, y el
[Acrópolis
se ha borrado de Athenas; no suena ya la flauta del dios Pan;
ni ocultos en las frondas a las ninfas asechan ya los sátiros,
ni en sagrada hecatombe las víctimas su sangre hirviente
[dan.

El circo ya no atruenan las férreas llantas de los carros
[ágiles,
ni los bronceados cascos reverberan terríficos al sol;



ni en los frescos jardines de Academus, escúchase al filósofo, poseído del estro; ni las rapsodias épicas.... Pasó!

Cayó Jove el soberbio, y Marte el iracundo, derribándolos un viento huracanado, como soplo inmortal de la verdad. Desierto está el Olimpo tonante: sólo, desafiando impávidos la eternidad, Homero y Esquilo sobre Grecia reinarán!





ATHENAS

Pasaron ya las clásicas edades
en que a la luz del Arte y la Poesía,
sus doradas cadenas imponía
la Athenas de Pericles y Alcibiades.

Cedieron las olímpicas deidades
el paso a la vulgar Filosofía.
La que Reina del Mundo fuera un día,
hoy gime en apartadas soledades.

Bajo el peso encorvada de su gloria,
con su mundo de bellas creaciones,
su pasada grandeza—hoy ilusoria—,

y batida por recias conmociones,
va sorbida al oceano de la Historia
donde se pierden razas y naciones!




DE EL SALVADOR

INDICE

Página

Juicios Críticos y Carta Literaria de Rubén Darío

Filosóficas

Líricas

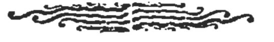


Patrióticas

Traducciones y Motivos

Regionales

Varias






DE EL SALVADOR

032915

